

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et  
justitiae partes tuendas suscepistis...

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet.  
—Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comi-  
sionados, y 12 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs.  
trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 33 y 40, cuarto principal de la derecha.—  
Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco española de D. C. A. Saa-  
vedra, 55, Rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

## PARTE EXTRANJERA.

La impresión que en el periódico imperialista *La France* ha producido la comunicación de Mr. Moustier es, como nos lo habíamos figurado, sumamente grata. Y ¿cómo no había de ser agradable, siendo así que los tres puntos que comprende el documento del ministro francés, a saber: el origen de la cuestión del Luxemburgo, los trabajos de la conferencia y las consecuencias políticas del convenio de Londres, habían sido tratados por *La France*, cuando el conflicto franco-prusiano se hallaba, por decirlo así, en sus albores, de la misma manera que lo ha hecho M. Moustier, después de haberse aquel terminado definitivamente como algunos creen, o suspendido tan sólo como otros pretenden? Dice el ministro francés que la cuestión del Luxemburgo surgió, no a consecuencia de las pretensiones de adquisición del ducado por parte de Francia, sino de los temores que a esta Potencia infundía la guarnición de aquella fortaleza por las tropas de Prusia, ávida de engrandecimiento; pues eso mismo ha venido diciendo la *France* continuamente. Dice M. Moustier que los trabajos de la conferencia tienen el carácter de un arbitraje ejercido por las potencias signatarias del tratado de 1859, con el objeto de neutralizar el Luxemburgo y dar a Francia y a Europa garantías de seguridad y de paz; pues eso mismo ha dicho siempre la *France*. Dice, por fin, el ministro francés que los resultados de la conferencia son la conservación de la tranquilidad francesa y europea; pues eso mismo previó la *France* desde el principio, y buen cuidado tiene el periódico precursor de hacer constar hoy la completa armonía que existe entre cuanto él ha dicho y previsto antes, y lo que ahora ha espuesto el Gobierno imperial. Sería anómalo además que la comunicación consabida, no hubiera complacido a la *France*, cuando, según el *Monitor*, ha sido aquella bien acogida en Francia y en el extranjero.

Mientras adquirimos pruebas de la afirmación del *Monitor*, suspendamos nuestro juicio y prestemos atención a otros asuntos, no menos dignos que el conflicto franco-prusiano, de ocupar la atención de nuestros lectores.

Los acontecimientos, según noticias que a *Le Monde* dan de Constantinopla, están muy lejos de corresponder, hasta ahora por lo menos, a las esperanzas del Gabinete de Rusia. Como saben nuestros lectores, el Gobierno de esta nación tiene puestas sus miras en Constantinopla, y desea vivamente y espera con ansia un pretexto cualquiera que le ponga en camino de realizarlas. ¡Pobre Europa si tal sucede! El pretexto sería magnífico y la ocasión admirable, si los cristianos se sublevaran y se estableciese una lucha sangrienta entre estos y los musulmanes. Entonces, a pretexto de una intervención entre los contendientes, Rusia entraría en camino de satisfacer sus ambiciones; mas por fortuna, ni la insurrección de Candia, ni las escaramuzas que los helenos hacen por Tesalia y Epiro, con objeto de sublevar ambos países, ni la efervescencia que produce en el ánimo de los cristianos el anuncio constante de que Europa pide en favor de ellos reformas importantes, han sido hasta ahora parte para que tengan lugar los sucesos que Rusia aguarda con impaciencia y en favor de los que trabaja constantemente, no omitiendo medio, por ínfimo y miserable que sea, para promoverlos. Mas el Gobierno ruso, poco satisfecho del éxito de su propaganda y de los medios materiales que pone en acción contra Turquía, trata de establecer el *brigandage* este verano en las montañas de Balkan; con este objeto recorren la Servia y la Valachia emisarios encargados de reclutar gente. ¿Qué se propone el Gobierno ruso con la organización de estas partidas? Hé aquí la pregunta que ocurre hacer en vista de las anteriores noticias, y cuya contestación, nos dará el tiempo; pero si aquellas son ciertas, no se puede desconocer que la cuestión de Oriente se nos viene encima.

Por de pronto, los católicos debemos hacer notar una cosa, y es, que mientras el orgullo humano necesita apelar a la intriga y a la fuerza para satisfacer sus indignas aspiraciones, la Iglesia, maestra de la verdad, imposibilitada para la intriga y privada de todo apoyo material triunfa de la fuerza y de la intriga donde quiera que ambos elementos se oponen a su paso, lo cual no puede menos de ser, para todo hombre reflexivo, una prueba evidente de el carácter sobrenatural de esa institución. Si la Iglesia no fuera una institución divina ¿cómo podía haber atravesado incólume, y no solamente incólume sino propagándose cada vez más, tantas persecuciones, tantas herejías, resistencias tantas como la ha deparado el infierno y sufrido en los diez y nueve siglos que próximamente lleva de existencia? ¿Cómo hubiera podido subsistir, sobre todo, después de la herejía madre de las herejías y de las persecuciones y de todo error y de toda violencia, el libre examen? ¿Cómo en los países en que este impera había de plantar su cetro y con la humildad dominar al orgullo, al vicio con la virtud, al placer con la mortificación y a todos los goces con el sacrificio? Pues todo eso hace. Venció el libre examen antiguo que se llamaba paganismo, y vence el paganismo moderno que se llama libre examen, y en los tiempos antiguos como en los actuales, lo vence, luchando desvalida contra toda clase de elementos humanos. ¿Quién que esto observe podrá negar a la Iglesia su carácter divino?

Uno de los países en que más ha dominado el libre examen es Inglaterra, desde que el adúltero Enrique VIII, digno propagador de la obra de un fraile sacrilego, la introdujo como religión del pueblo cuyos destinos regia. Pues bien, en Inglaterra, en donde la Iglesia anglicana tiene de su parte el poder, la instrucción y la riqueza, el Catolicismo está haciendo en nues-

tros días grande progresos, merced a su constante predicación y a la indole del protestantismo.

Todos los días, según escriben de Londres, abandonan la religión anglicana para abrazar la católica, personas de todas clases y edades, y los que pertenecen a la primera, cada día se muestran más indiferentes en la profesión de sus doctrinas y en la práctica de sus ceremonias. En los clérigos principalmente se nota cierto desvío y falta de celo por el respeto de las tradiciones anglicanas, que, en concepto del Gobierno inglés, son la causa eficiente de que muchos fieles anglicanos abandonen su religión para abrazar la Católica. Con el fin de impedir este movimiento religioso, el día 7 del actual, mientras la conferencia inauguraba sus sesiones, se constituyó el Parlamento en una especie de concilio, para arbitrar el modo de poner remedio a ese mal.

El Arzobispo de Cantorbery pidió que la Asamblea dictara un *bill* para conservar la pureza del ritualismo anglicano, y contener en el anglicanismo a los que le profesan. No chocará ciertamente a nuestros lectores la petición del Prelado protestante, ni la confianza que ella envuelve de que con la pureza y ostentación de las ceremonias, se mantendrá vigorosa la religión oficial; pero ¿conseguiría algo el mitrado protestante con el *bill* que deseaba teniendo en frente de la religión anglicana la católica? El Arzobispo de Cantorbery no consiguió sus deseos, porque el Gobierno creyó más conveniente otro procedimiento. Lord Derby anunció a la Cámara el propósito del Gabinete de nombrar una comisión que examinase el ritualismo antiguo y el actual, y que propusiera los medios de restablecerlo a su primitiva pureza.

Al mismo tiempo que en la Cámara de los Lores se trataba de esa cuestión de disciplina de la Iglesia anglicana, los irlandeses protestantes, que tienen asiento en la Cámara de los Comunes, pedían que se aboliera en Irlanda el diezmo que los católicos pagan para sostener a sus clérigos. Otros diputados también protestantes pidieron que los productos de las contribuciones de culto y clero que pagan los irlandeses de todas religiones, formaran un acervo común y se distribuyeran por iguales partes entre sus ministros respectivos. ¿Qué les parece a nuestros lectores? ¿Será favorable a los Sacerdotes católicos de Irlanda esta proposición? Aunque no supiéramos que la mayoría de los habitantes de esa isla son católicos, nos bastaría saber que la proposición se hizo por diputados liberales para abrigar la convicción de que era perjudicial para los clérigos católicos, y consiguientemente para los pobres de Irlanda. El liberalismo es quien nos ha enseñado a juzgar de este modo.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Paris, 15.—El boletín del *Moniteur* de la tarde hace constar que el resultado de la conferencia de Londres y la comunicación de M. Moustier al Cuerpo legislativo, han sido bien acogidos en Francia y en el extranjero. Es de esperar que nada vendrá a turbar la Exposición, cuyo éxito continúa aumentando.

Asegúrase que el Shah de Persia irá a visitar la Exposición en el mes de Julio.

Corría ayer el rumor en Londres de que la paz no se alteraría.

Bruselas, 16.—El Gobierno ha comunicado al Senado el tratado celebrado en Londres resolviendo la cuestión del Luxemburgo.

El ministro ha declarado al mismo tiempo en la Cámara que la solución que ha tenido este asunto aumenta la seguridad y la independencia de Bélgica.

Constantinopla, 15.—El principio de las operaciones de Omer-Bajá en la isla de Creta hace augurar un éxito definitivo en la misión de que está encargado.

Son muy notables las siguientes líneas de una correspondencia de París:

«Ayer (el 12) dominaba todavía la creencia en un arreglo lo menos para un año; pero hoy se manifiesta con mayor fuerza la opinión contraria. Se considera el conflicto como inminente, se habla de la guerra para el mes de Junio o Julio lo más tarde; y esas provisiones alarmantes se fundan en la comunicación que el Gobierno ha hecho a la Cámara.

Al empezar la sesión, el marqués de Moustier, ministro de Negocios extranjeros, ha subido a la tribuna y ha leído el documento cuyo extracto habíamos recibido. La lectura ha sido oída con el más completo y frío silencio; ninguna muestra de aprobación la ha interrumpido; y apenas se ha escapado algún *Muy bien* de boca de alguno de los individuos más adictos de la mayoría. En las tribunas ha causado la misma impresión que en el seno de la Cámara; yo estaba allí; lo he visto y observado, y los rostros mas indicaban temor de guerra que confianza en la paz.

Las cuatro semanas reservadas para la ratificación, parecen un término muy largo, y se teme con alguna apariencia de razón que de aquí a entonces se promueva más de un incidente. Los plazos mal precisados dentro de los que Prusia deberá efectuar la evacuación, parecen también un origen de dificultades. En resumen, se considera el tratado de Londres como una obra no viable: unos dicen que tendrá la misma suerte que el convenio de Solodad, y que no será ratificado; otros, admitiendo la ratificación, temen para el los destinos del tratado de Zurich, rasgado pocas semanas después de su autorización.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 17 DE MAYO DE 1867.

La verdad es como las fuentes que brotan por donde encuentran salida, sin que sea parte a contenerlas la buena o mala calidad del terreno. A veces, de lábios que comunmente expresan el error y jamás han aprendido a balbucear otra

cosa, sale una de esas verdades claras y terminantes, sin preparación alguna, sin principio anterior de donde pueda deducirse; una verdad espontánea y vigorosa como la fuente que rasga la superficie de la tierra para correr suelta y abundante por las vertientes de la colina. Y es que no puede resistirse la fuerza de la verdad, porque ya ella de por sí arrastra y seduce, a más de que el entendimiento y el corazón humanos tienden hacia ella como a su propio y legítimo centro.

¿Quién había de sospecharse que el señor duque de la Torre, uno de los personajes más importantes de la Unión liberal, uno de los hombres menos afectos al radicalismo, por naturaleza tal vez, se atrevería a decir ante la Cámara de los senadores, ante ese Cuerpo mediador y conciliador de suyo, estas palabras que en el fondo tienen una gran significación: en España no hay más que masas de demócratas y masas de carlistas? Todo podía esperarse del señor duque de la Torre menos una afirmación semejante, cuya importancia es imposible desconocer, no atendiendo precisamente a la literal significación de las palabras sino al espíritu que suponen. De seguro que el señor duque de la Torre no dijo lo que quería decir: necesitaba una fórmula concreta para presentar sin rodeos la situación verdadera de los ánimos en España, y adoptó la fórmula de demócratas y carlistas, como pudiera haber adoptado la de progresistas y reaccionarios, o gentes de hoy y gentes de ayer. La verdad había fuerza para brotar pura y arrogante del corazón del señor duque de la Torre, quería salir como si largo tiempo hubiera sido esclava de preocupaciones, intereses y negligencias que la aprisionaban, y hallando la puerta de la ocasión abierta, la aprovechó para presentarse a la luz del día, en medio de gentes extrañas, a quienes de fijo había de causar no poco asombro tropiezo semejante.

¿Pero cuál es la fórmula exacta de esa verdad que el señor duque de la Torre guardaba dentro de sí? ¿Y qué razones de existencia tiene esa verdad? Esto debemos conocer antes de entrar en la solución del problema planteado tanto tiempo há y nunca resuelto, más por ceguera de los hombres que por dificultad misma del problema, que es: averiguar cuál Gobierno conviene a nuestro país dadas sus condiciones especiales.

No era, según hemos manifestado, la fórmula adoptada por el señor duque de la Torre la que propiamente traducía su pensamiento, y prueba de ello es, que mas adelante en su discurso varió los términos diciendo: que en España no había sino gentes que querían la libertad, o gentes que querían el absolutismo. Lo cual es ya una ampliación de la primera fórmula, que por lo estrecha y raquítica, tenía todas las apariencias de la falsedad, siendo por el contrario verdadera a carta cabal.

El señor duque de la Torre podía haber dado con la palabra exacta para expresar su pensamiento a poco que hubiera meditado; pero era una palabra que con razón debía asustar al señor duque, porque le colocaba de un golpe, a él, a S. E. y los suyos, en el propio terreno de los demócratas, de esos a quienes S. E. y los suyos ametrallaron en las calles de Madrid el 22 de Junio. Y esa palabra, sin embargo, es la exacta y la que abraza todos los puntos de un círculo; esa palabra lo dice todo, porque es la de que se ha servido la Iglesia, maestra de la verdad, para condenar un error, el error fundamental de los tiempos modernos. Partiendo, pues, de esa palabra el señor duque de la Torre, debería haber dicho: en España no hay mas que liberales y no liberales.

El pensamiento formulado de esta manera no podía ser recusado por nadie, porque se funda además en una verdad general que todo el mundo conoce ya, y es, que hoy, en todas partes, se trata solo de la lucha entre el liberalismo y la Iglesia, siendo las demás cuestiones puramente accesorias, que en nada alteran la esencia de la verdadera cuestión.

Liberales y no liberales: hé aquí la exacta división de los ánimos en España, división mas notable y clara que en ninguna parte, por razones fáciles de comprender.

España es un pueblo arrogante y animoso, nacido y formado propiamente en una de las más grandes luchas que jamás ha presenciado el mundo; en la lucha de los siete siglos. Cuando por espacio de tanto tiempo se vive en perpetua oposición con un principio, sin transigir nunca con él en lo más mínimo y siempre con la idea fija de destruirle, natural es que resulte aun después de terminada la lucha un carácter fuerte, intransigente y radical, adversario de todas las combinaciones y de todos los elementos que quieran introducirse en medio de los dos puntos de partida, únicamente posibles y necesarios para la lucha. La masa

del pueblo español, ardiente por naturaleza y radical por su historia, siempre que se ha trabado batalla entre dos principios se ha decidido prontamente por uno ó por otro, sin pensar siquiera que fuera posible la existencia de un tercer principio, y mucho menos la fusión de los dos contrarios. Examiné atentamente la historia de nuestros tiempos, y se verá que el pueblo español no ha perdido nada de su carácter, y que hoy, como siempre, ni admite ni reconoce más que dos principios, dos ideas, dos campos; la afirmación y la negación, liberales ó no liberales, llámense secundariamente como se quieran.

Liberales, esto es, amantes del liberalismo y adversarios del Trono de la infalibilidad que lo ha condenado, ó no liberales, esto es, hijos sumisos del Vicario de Dios en la tierra, Padre común de los cristianos. Esta es la verdad que las palabras del señor duque de la Torre encerraban; verdad dicha sin saber por qué, en un momento de lucidez positiva; verdad inspirada acaso por la indignación de un alma noble al ver que todos los partidos se dicen representantes é intérpretes del sentimiento popular español, cuando el pueblo español está muy lejos de sentir como esos partidos se figuran.

¿Y habrá quien sostenga todavía que es difícil gobernar a un pueblo cuyo carácter conserva tanto vigor, aun en el mal? A un pueblo enérgico y vigoroso, con energía y vigor se le gobierna; a un pueblo que ha sabido hermoarse con su fantasía la figura del Rey D. Pedro apelidado el Cruel por la historia, a un pueblo que hoy mismo vé en D. Felipe II la representación de su intrinsigencia y de su robustez de carácter ¿cómo ha de ser difícil gobernarle? ¡Ah! es que no solemos pasar de la superficie del pueblo, no queremos estudiarle en sus mismas entrañas y por eso le llamamos a veces con notoria injusticia, brutal, voluble, descontentadizo, cuando él tiene razón para llamarnos a nosotros ignorantes, por lo menos.

Un Gobierno resuelto, enérgico, católico,—que el sentimiento general español es católico, digan lo que quieran ciertas gentes,—será el verdadero Gobierno popular en España, porque estará conforme con la Constitución real del pueblo, como diría el Sr. Gonzalez Brabo, esa Constitución formulada en estas sencillas palabras: Religión, Patria y Rey.

Y no hay remedio: ó es preciso ser intérprete fiel de esa constitución ó echarse en brazos del liberalismo: por ambos modos se representa a una parte del pueblo español; por el primero se representa a la mayor parte; por el segundo a la parte menor. La manera de no representar ni a una ni a otra parte es negarse a reconocer y aplicar el principio mencionado: liberales ó no liberales.

VALENTIN GOMEZ.

Mañana contestaremos al largo párrafo que *La Epoca* nos dedica en respuesta a las observaciones que nos permitimos hacerle en nuestro número de anteayer: no queremos, sin embargo, dejar hoy sin el correspondiente correctivo las vanas razones que alega para justificar su publicación en los domingos y su no publicación en la festividad de San Isidro. Advertimos de paso que *La Epoca* trata el asunto en una *gaceta*, sin duda porque le considera de muy escaso interés.

No censuráramos que *La Epoca* dejase de publicarse en el día de San Isidro si en los domingos cumpliera también el precepto de la Iglesia. ¿Por qué no lo cumple? Las razones de *La Epoca* son peregrinas: porque se publican también la *Gaceta*, el *Diario de Avisos*, la *Correspondencia*, etc., porque en Francia se publican también algunos periódicos católicos como el de *Monsieur Billeaut* (Veillot se escribe) y en fin, porque la costumbre de no publicarse los periódicos en domingo está tomada de la protestante Inglaterra. ¡Habría picardía como ella! ¡Miren que tiene agallas *La Epoca* y acopio de razones! Ella encuentra razones en España, encuentra razones en Francia, encuentra razones en Inglaterra... ¡Caramba! no sabemos porque no ha ido también a buscarlas a China. Todas fuertes razones históricas, eso sí, pero convincentes... eso ya es otra cosa. Lástima y risa al propio tiempo causa verla afanarse por hallar una razón de peso, sin encontrarla a pesar de su erudición y de sus rodeos.

¡Pobrecilla! Con que nos hubiera dicho que tenía licencia del Párrafo para trabajar en domingo, estábamos al cabo de la calle; pero ¡quia! como se le ha de ocurrir una razón tan vulgar a un periódico tan encoquetado como *La Epoca*?

Ayer por fin, después de 31 discursos pronunciados en el Senado, según cuenta del señor marqués de Molins, se aprobó el proyecto de ley dando fuerza de tales a los decretos publicados por el Gobierno sobre asuntos de la competencia de las Cortes.

El ministerio tuvo 122 votos y la oposición 63; se abstuvieron de votar muy pocos senadores: entre ellos se cuentan el marqués de la Habana, Lersundi y el marqués de Heredia.

Entre los defensores del descuento del 5 por 100 que se quiere imponer al Clero, contamos

anteayer a *La España* por una equivocación muy disculpable ciertamente. *La España* se queja hoy de tamaña injusticia, y a fe que tiene alguna razón para ello. Pero considere la amable *España* que no es fácil convencer al público de que un periódico amigo del Ministerio y más amigo tal vez del Sr. Barzanallana, no está conforme en un todo con lo que el Ministerio y el Sr. Barzanallana proponen.

Dispensenos *La España* este lógico descuido, y tenga en cuenta al dispensarnos, que es un descuido muy lógico.

El Sr. Menéndez de Luraca que ayer explanó su pregunta sobre el profesorado público, no solamente hizo un buen discurso sino una buena acción, porque a consecuencia sin duda de sus excitaciones hemos tenido el gusto de oír de boca del señor ministro de Fomento, que ha mandado formar expediente sobre el hecho de ser un catedrático de la Universidad central autor de un libro puesto en el *Índice*.

Este es el mayor triunfo que podía alcanzar el Sr. Menéndez Luraca, y si se lleva a cabo, como es de esperar, lo que prometió el señor ministro, el triunfo será mayor, así como nuestro regocijo.

El *Espíritu Nacional* dice en tono de oposición al proyecto de suprimir la Universidad central, lo que sigue:

«En primer lugar, no debiéndose retroceder más allá del año 24, no puede dejarse a Madrid sin los estudios que tenía en aquella época: es decir, que deberá restablecerse el estudio de filosofía y teología como se daba en doña María de Alagon y en Santo Tomás, y el de cánones y disciplina eclesiástica en San Isidro. No ha de ser Madrid, en este particular, de peor condición que las demás capitales, más o menos populosas, de países extranjeros.

¡Ah! si la supresión de la Universidad central llevase consigo el restablecimiento de los estudios de filosofía y teología en doña María de Alagon y en Santo Tomás, y de cánones y disciplina eclesiástica en San Isidro, ¿qué mayor argumento podría presentarse para pedir una y otra vez aquella medida a todo el que se interesase por el esplendor de las ciencias filosóficas eclesiásticas?

Hoy publica el periódico oficial un Real decreto ajustando las tarifas de franqueo de cartas, periódicos é impresos al nuevo sistema decimal. El decreto empezará a regir el 1.º de Julio. Por falta de espacio no lo publicamos hoy, pero lo haremos otro día.

Se ha concedido la merced de hábito en la orden de Santiago a D. Manuel de Oráa y Arcocha.

Se han suprimido los pasaportes y demás documentos que actualmente se espiden a los vecinos y viajeros de Cuba y Puerto-Rico.

A consecuencia de las reformas hechas en la administración de la isla de Cuba, han ido por el último correo las órdenes de cesantía para 286 empleados.

Las obligaciones de clases pasivas para el ejercicio de 1867-68 representan una suma de reales 462.478.610.

Estas obligaciones, según la cuenta ya liquidada y aprobada de 1859, importaron entonces 446.915.076 reales; de manera, que en ocho años este gasto ha tenido un incremento de 16 millones de reales, y seguramente el movimiento ascensional no ha cesado todavía.

Los intereses de la deuda y amortización de la pública se fijan en 677.818.710 rs. para el ejercicio próximo de 1867-68, según los presupuestos presentados al Congreso. Los réditos de la deuda del 5 por 100 interior y exterior, ascienden a reales 255.614.810, y los de la diferida de ambas clases a 439.000.000.

Los ingresos calculados en el presupuesto corriente de 1866-67 ascienden a 2.592.490.600 rs. incluyendo los extraordinarios; para el próximo de 1867-68 se presuponen 2.568.781.700, ó sean reales 23.708.900 de menos.

Los gastos ordinarios y extraordinarios del corriente importan 2.656.191.600 y los del próximo 2.659.467.760; diferencia de menos a favor de 1867-68, rs. vn. 16.725.840.

El total de las reducciones hechas en los diferentes servicios del Estado, importa 431.668.590 y el de los aumentos 114.944.550; de estos últimos el más importante es el del capítulo de intereses de la deuda, que sube más de 80 millones sobre el año anterior.

Por el ministerio de Ultramar se ha declarado que el permiso para amarrar en las costas de la isla de Cuba los cables telegráficos submarinos a que se refiere el art. 1.º del decreto de 5 de Diciembre de 1866, se reputará como concesión definitiva hecha por el plazo de 40 años a la *Compañía telegráfica internacional oceánica*, en los propios términos que la condición 2.ª de las generales de 26 de Febrero último establece para los que hayan de ser concesionarios en el concurso autorizado por el decreto de la misma fecha.

El administrador de Correos de la Coruña participa al ministerio de Ultramar en despacho telegráfico de ayer, que el vapor *Puerto-Rico* fondó a las doce del día con correspondencia de la Habana en expedición extraordinaria.







libertad de nuestras leyes. Señores, la religión y la libertad, las dos ideas más grandes, los dos sentimientos más profundos, parece que el infierno se conjura siempre para ponerlos en frente uno del otro. Cuando yo era miliciano nacional, me decían: «Deja esas prácticas religiosas... y sobre esto oír la contienda acerca de la incompatibilidad entre la religión y la libertad: yo, sin embargo, iba entre los que se dirigían a atacar las huestes de Cabrera, y luego en mi casa doblaba la rodilla ante el Dios de mis mayores; y hoy, por el sistema contrario, oigo decir: «Dejad las prácticas parlamentarias, que son contrarias a la religión.» Pues qué, señores, ¿no era la aristocrática República de Venecia la que hacia al Papa Alejandro III poner el pie sobre el Emperador Barbaroja? ¿No son los católicos de Boston los mejores ciudadanos de una república democrática? Pues qué, los más decididos defensores de la Santa Sede en Roma, ¿no son nacidos en el democrático país de Suiza? ¿No sabemos que los héroes de Castelfidardo habían sido educados en la liberal Constitución de Bélgica? El principio religioso no pugna con el principio de la libertad.

Muchas veces cuando yo era diputado me entretenía en levantar los ojos a aquel techo pintado por Rivera, y gozaba al ver entre los legisladores de la antigua Monarquía goda a San Isidoro; entre los legisladores de la Monarquía democrática castellana a San Fernando, y entre los legisladores de la aristocrática representación aragonesa a San Raimundo de Peñafort; tres Santos, tres héroes de la Monarquía, presidiendo a la codificación y a las libertades de toda España. Ahora bien: ¿qué es el Trono sino la unión de esos dos principios, el cimiento de las libertades y el ara de nuestros altares patrios?

Pues bien: de estos tres artículos de nuestra Constitución interna el Gobierno entiende mal el primero, compromete el segundo y conculca el tercero. En cuanto a la Religión, no diré más sino que yo quisiera que el Gobierno la mencionara menos en sus preámbulos, porque esto no es muy conveniente. Respecto al Trono, el ministerio lo compromete gravemente por la represión de la imprenta que hace nacer la prensa clandestina y por las exposiciones. En este punto diré que cuando los pueblos han agotado en honor de sus Soberanos todos los títulos, los llaman padres de la patria; y que yo, venerando a mi Reina como a mi madre, no quería que con esta se hubiera hecho lo que por S. M. Esta cuestión en su aspecto exterior ha querido ser tratada por un ilustre magistrado, y por la impresión que os habrá producido el resultado de esa discusión, calcularéis cuál habrá sido la que habrá habido en las salas de los ayuntamientos.

Sin embargo, se ha dicho por el Gobierno que el éxito de las circulares que dieron origen a las exposiciones ha sido favorable, porque ha principiado a modificarse la opinión en Europa y han cesado las habillitas. Yo contestaré dos cosas: yo recordaré que de resultas de una de esas circulares hubo en el Parlamento inglés una sesión que no me satisface, y que puedo denunciar al Gabinete un papel público y oficial que ha dicho de la Reina de España tanto como sus mayores enemigos dicen fuera de aquí; y por último, que un ministro de la Corona, sin duda en un exceso del calor de la improvisación, ha dicho en este sitio lo contrario de lo que con esas exposiciones se quiere demostrar. ¿Para qué se han hecho, señores? Para demostrar que la dinastía está sostenida aquí por el amor y las bendiciones de todos. Pues bien: el señor presidente del Consejo de ministros dijo que la Reina de España no tiene más apoyo que el ejército; palabras que yo espero que S. S. explicará hoy.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Si el señor marqués de Molins lo permite, rectificaré ahora mismo. No creo que su señoría de buena fe haya abrigado la idea de que yo he querido denunciar a la Reina de España de todos los apoyos, dejándole solo con el apoyo del ejército. Creo que el ejército es el que tiene en primer término el deber de defenderla; pero creo también que el ejército nada sería si no tuviese detrás una gran nación, cuyos elementos todos están para defender a la Reina en todas ocasiones y de todas maneras.

Mas como para esto se necesitan hombres y dinero, lo cual dan los pueblos, de ahí que puede decirse que el ejército es el que en primer término ha de defenderla. Tanto es así, que si mañana llegara el caso, no creo que el primer tiro en defensa de S. M. se disparase por ninguno de los que no venían el uniforme militar. Esto es lo que quise decir.

El señor marqués de MOLINS: Doy gracias al señor presidente del Consejo por la aclaración que ha hecho, así como creo que S. S. me agradecerá que yo le haya dado ocasión para hacerla. En efecto, la Reina de España tiene, no solo el apoyo del ejército, sino el de la nación entera.

Significando ya mi discurso, añadiré que el Gobierno compromete el Trono legislando en su nombre sin el concurso de las Cortes, privándole del derecho que tiene de oír la opinión de la mayoría para dar su sanción a las leyes, y de los consejos de la minoría para negarlas o para ponerlas su veto, y privándole de presentarse ante las generaciones venideras acompañando en su responsabilidad de la del país con vocales en Cortes, con lo cual el Gobierno también infringe nuestras antiguas leyes; y es así, pues la ley 3.ª, tit. 7.º, libro 6.º, dice lo siguiente (Ley): De manera, que nuestra Constitución moral, en nuestra Constitución histórica y tradicional no está el legislador sin Cortes; y el Gobierno además, procediendo como hasta aquí obra revolucionariamente, según opinión de uno de los hombres más importantes de la escuela conservadora, cuyas teorías no expondré en este momento por no molestar la atención de los señores senadores.

Igualmente comprometo al Rey el actual ministerio con esa especie de aislamiento en que se le coloca, contrario a lo que está en la Constitución interna del país, donde siempre ha habido derechos en ciertas personas altamente constituidas para dirigirse al Rey con peticiones. Oímos decir que tal general es trasladado de cuartel al pueblo de su naturaleza; los maliciosos dicen que se hace para que la Reina en circunstancias determinadas no ponga sus ojos en general. Los revolucionarios dicen que mientras ese general está en la plaza de la Cebada, Se manda al general Serrano a Mahón, según los unos por haber querido aconsejar a S. M. la Reina; según los otros, eso no ha sido más que una ligera molestia que se le ha impuesto; pero la historia y los revolucionarios vuelven a decir que con este Gobierno el general Serrano, o está en el castillo de Alicante o en Mahón; y como desde estos puntos no se puede tomar el cuartel de San Gil, se alegran de contar con un enemigo menos; poco más o menos se dice del señor Rios Rosas; y respecto al general O'Donnell, cuya ausencia también se explica por los maliciosos y los inocentes de muy diversa manera.

Por último, hace poco que hizo dimisión el dignísimo presidente del Senado, y siguiendo las interpretaciones, aquellos dicen que quería suplantarse al actual ministerio; estos que su conducta está fundada en motivos de salud, y la historia confirma el hecho de que cuando este Gobierno está aquí es mas sano para el señor marqués de Miraflores irse a las alamedas de Arajuez que ocupar el sillón presidencial, y asimismo los revolucionarios se congratulan de tener otro enemigo menos. Pues, Señores, este aislamiento es un gran mal, y mucho más en el tiempo a que hemos llegado, en que se necesita unir, no separar, concentrar, no dividir.

El tercer artículo de nuestra Constitución interna son las libertades que hoy están holladas. Siempre ha habido en España libertad para hacer aquello que la ley no prohiba, así como para dejar de

hacer lo que la ley no prescribe. Pues sin embargo hoy no es así, y citare el caso de un mayor contribuyente, que por querer presidir la mesa electoral fué conducido al castillo de Gibralfaro; y el de una persona que en otra provincia, después de conformarse a retirar su candidatura, ha sido desahuciado a Oviédo porque no quiso recomendar otra.

No parece, señores, sino que el Gobierno ha cometido un error de fecha, y se cree vivir en 1767 con el despotismo ministerial del Gobierno de Carlos III, cuando sin embargo había ministros como Floridablanca y Campomanes; ó en 1667 reinando Carlos II, del cual no hablo; ó en 1567 bajo Felipe II, cuando a pesar de toda tenia un prestigio grandísimo el poder civil y un Alcalde de Zalamea ahorcaba a un delincuente de delito ordinario, siendo soldado de un ejército puesto en movimiento.

Pero si no podeis haber nada de esto, ¿para qué pediros continuamente esa dictadura? Si pudiesen retroceder los tiempos, ¿sabéis con lo que os encontraríais? Con un artículo de nuestra Constitución, escrito con muchos hechos en nuestra Constitución interna. Dice el art. 42 del Código Fundamental de la Monarquía que la persona del Rey es sagrada é inviolable, y que los responsables son los ministros.

Pues este artículo en nuestra Constitución interna está robustecido con numerosos hechos. Carlos V pudo hacer alarde de su energético poder contra los procuradores en la Corona, los próceres en Toledo y las municipalidades en Villalar; pero su ministro Chéverre fué a morir en Worms, y luego en tiempo de Felipe II Antonio Pérez sufrió el tormento y doce años de proscripción; siendo igualmente en los reinados posteriores desgraciada la suerte del duque de Lerma, D. Rodrigo Calderón, el conde duque de Olivares, Valenzuela y Oropesa. Cambia la dinastía, entra la casa de Borbon; pero a pesar de eso no cambia la responsabilidad ministerial.

Con Felipe V, Riperdá, a pesar de su elasticidad, muere en un destierro, y lo mismo sucede a Alberoni y al marqués de la Ensenada; Carlos III saca a Esquilache a un motin popular, y con Carlos IV no os recordará más que al Príncipe de la Paz. ¿Y qué prueba esto? Que está en la Constitución interna de nuestro país sufrido todo al Rey, nada a los ministros, que es la base de la conocida comedia *Del Rey abajo ninguno*, en la cual García del Castañar, que es la encarnación del pueblo español, atropellado con el salvo-conduto de dignidad Real, cuando se convence de que la banda no oculta al Monarca, venga su agravio porque a nadie más que al Rey solo tolera.

Ahora bien, señores senadores, y concluyo este desaliadísimo discurso: os he probado que el Gobierno actual no puede invocar los principios del partido moderado; que no cumple con la paz, el orden y la justicia; que no satisface a la Constitución interna del país; que aísla y compromete el Trono, que infringe todas nuestras libertades antiguas y modernas, y que por último nos quiere asociar a actos que no sabemos quién los ejecutará, y que por consiguiente no podemos aceptar esa responsabilidad ni dar nuestro voto al proyecto de ley que se discute.

El señor ministro de ULTRAMAR: Señores, 45 días hace que me pregunto a qué conduce un debate tan estéril como el que nos ocupa; pues desechado el voto particular del Sr. Escudero, si por un lado el graduado de la elocuencia de los oradores ha subido y bajado alternativamente, y el de la dureza ha subido siempre, por otro la discusión no ha dado un paso. Yo voy a ver, sin embargo, si alcanzo a sacar la enseñanza que de ella puede resultar al país.

Voy a hacer una inspección sobre los partidos políticos, y hacer lo que en prototípica sellama un fuego de iluminación que alumbré el campo de nuestros adversarios. Yo haré abandonando el derecho de contestar a las agresiones con agresiones y a la violencia con violencia. ¿Qué pasó en el campo de la Unión liberal? ¿Dónde está la juventud, la lozanía y disciplina de otro tiempo? No creo que se perdieran al perderse el poder; creo que esa situación responde a cosas más altas y filosóficas; y si yo deduzco que el efecto de esas cosas es la defensa de los principios que el Gobierno sostiene, habrá sacado la enseñanza provechosa al país, habrá encontrado la parte eficaz de este debate. Vivió la Unión liberal la vida de la juventud alegre, rebotona, aventurera, y a veces disipada; cuando la pedíamos principios, nos contestaba con cierta sonrisa que ha pasado a ser proverbial; si hablábamos de lo pasado, nos decía que eso pertenece a la historia; y si del porvenir contestaba con la carcajada de los ateos que la juventud pronuncia en el salón de la orgía, aunque sienta pasar por la calle el canto fúnebre de un entierro.

Y cuando creíamos que había aprendido en el retiro la necesidad de principios para gobernar a los hombres, se valió de su juventud y valor para derribar uno tras otros Ministerios, y volvió al poder. Entonces pronunció palabras que aun resuenan en nuestros oídos, formulando el programa más desdichado de los programas, y dijo: «El orden público no se alterará; las fuentes de la riqueza pública se abridrán; entraremos en concilio con Europa; la prensa será libre.» Esto en cuanto a los principios, pues en el terreno de las personas todo era unión y estrechos abrazos. Pero muy pronto se vio que con aquellas palabras jactanciosas y los olvidos de desavenencias anteriores se desentrañaban los sabios y corrían insurrectos por las llanuras de la Mancha y Extremadura; luego más tarde se comprendió también que con programas, y esas palabras huecas, y esas concesiones impropias, lo que se hacía era descargar los cañones del cuartel de San Gil; lo que se hacía era animar a los asesinos de los valientes jefes de artillería, para los cuales, por cierto, no ha habido una sola palabra de recuerdo en la historia que en este sitio hemos oído.

Y entonces, y aquí empieza la enseñanza, aquellos hombres oyeron y sintieron con el poder del canon lo que no habían oído con la voz del patriotismo, y sonó en ellos el partido la palabra principios, produciendo el mismo efecto que en un quinquillo de brujas la entrada de un cristiano que pronuncia la palabra de Dios, que al oírlo toma cada bruja por su lado. Los demás decididos revistieron al ante moral, al Gobierno, con leyes de represión, con leyes de arbitrariedad; pero la lógica obtuvo su consecuencia natural, y resultó que no se dio grande fe a la sinceridad de un arrepentimiento, y se consideró a aquel partido sin la autoridad necesaria para aplicar los principios que de pronto proclamaba; y como vieron que al proclamarlos se perdía el poder, se revolviéron contra ellos y arrojaron a los que los habían sostenido. Esa es la razón de los tristes sucesos del mes de Diciembre, sobre los cuales no quiero decir más sino que el Gobierno los ha sentido tanto como el primero, y que si hay quien dude de ese sentimiento nos hace una grande injuria, que no será sin embargo tan alta como nuestro desprecio hacia ella.

Y que ha hecho el Gobierno aplicando las leyes de arbitrariedad con que le habeis revestido? Lo que vosotros debíais haber hecho en tiempo oportuno para evitar los sucesos que sobrevinieron. El señor vicepresidente (Tejada): Disimule V. S. señor ministro, son pasadas las horas de reglamento y voy a preguntar a la Cámara si se propone la sesión.

Hecha, en efecto, la pregunta indicada por el señor vicepresidente, la resolución fue afirmativa. El señor ministro de ULTRAMAR: El acuerdo del Senado es un nuevo superávit, además del ya avanzado de la hora, para que yo concluya cuanto antes, y voy condensando mis consideraciones. Señores, ¿qué habeis presenciado estos días? ¿Cuál ha sido la posición de nuestros adversarios? Una situación perfectamente falsa.

Yo me constituí aquí en defensor de un ilustre personaje, precisamente porque es mi adversario,

y voy a hacerme cargo de su ausencia de este sitio. ¿Por qué no está entre vosotros? ¿Qué habeis hecho de aquel jefe que os conducía, tomando, como dice Ercilla, ora la espada, ora la pluma? Pues no sin su autorización ni encargo alguno, rechazó toda suposición que no sea honrosa para esa persona, juzgando de su lealtad por la mía. ¿Qué había de buscar esa persona lejos de la mano a quien tanto debe, y tan justamente le ha recompensado? No; está ausente de vosotros porque comprende que no puede estar aquí capitaneando una oposición colocada en un terreno tan falso; porque conoce que no puede atacar a un Gobierno al cual ha revestido de las facultades sobre cuyo uso se está hoy discutiendo; porque no quiere suscitar dificultades a un ministerio que tiene enfrente lo que todos sabemos y vosotros no estimáis.

Y como se explica vuestra conducta, señores de la Unión liberal? Porque los principios que habeis proclamado no pertenecen a ningún partido ni agrupación política, porque son los de todo Gobierno y los de toda sociedad. Y esto es lo que ha producido vuestra desigualdad y la ausencia de vuestro jefe, ocasionada igualmente por vuestra falta de cohesión y además por lo que, cnyos meos de existencia se han contado por molines, teniendo que tener rodeados los cuarteles por la Guardia civil para que no entrasen las proclamas incendiarias; con los capitanes generales en los cuerpos de guardia, sin duda también con el mismo objeto; y habeis acabado por ensangrentar las calles de Madrid y cubrir de cadáveres el campo de las ejecuciones.

Y en cambio han transcurrido 10 meses y no se he reforzado una guardia, ni hay una gota de sangre derramada.

Esto cuesta confesarlo; pero ¿es que os duele darnos esa gloria?

La gloria no es de este ni del otro partido, es de los principios; nosotros hemos hecho esa aplicación de los principios que vosotros habeis proclamado, y es una cosa impropia que hombres de Estado y buenos patriotas estén discutiendo aquí 15 días sobre si ha de ser un poco más o un poco menos. Reconoced, pues, la bondad de los principios, y tomados en conjunto examinando las cosas de otra manera, porque no supongo que vayais a tomar el camino de la revolución; y tened en cuenta que si titubeais entre los principios y la revolución, si esta os sorprende vais a caer prisioneros y en poder de los sacanones.

Dejo estas consideraciones, y voy a contestar al señor marqués de Molins que empezó a hacer el análisis de los partidos; y al verle hacer el de los partidos moderado y progresista, estaba ansioso porque pasase adelante; pero S. S. se detuvo, y entonces reflexionó si habría dejado ya de pertenecer a la Unión liberal; y me preguntaba en esta peregrinidad si el señor marqués de Molins, a quien combatí, era el representante de alguna agrupación más o menos numerosa, ó una individualidad que venia a levantar su bandera en este palenque; pero por fin me sacó de esta duda, pues veo que se ha hecho partidario de lo que se llama conciliación en los partidos. Y aquí debo hacer una declaración, y es que yo no he visto nada más revolucionario que los conciliadores. No parece sino que esta sociedad está dispuesta a recibir todo lo que se quiera rastrear por los pensadores y filósofos sin dificultad de ninguna especie.

Cuando veía al Sr. Vaamonde hablar del período constitucional y de que era preciso que este se cerrase alguna vez, recordaba que S. S. era uno de los que habían puesto en los labios de S. M. un programa de Gobierno, en el cual desde la Constitución del Estado hasta la guardia rural todo venia abajo. Ya sé yo que se me dirá se trataba de la reforma que se había hecho en la Constitución, y que no se deseaba más que reformar aquella reforma, sin contar S. S. con que este argumento podía aplicarse a la Constitución del 45, que no es más que la reforma de la del 37.

Se lamentaba el señor marqués de Molins de que su discurso no podría llegar a los altos lugares a donde S. S. cree con razón que deben tener entrada las opiniones de los súbditos fieles que toman asiento en este sitio; y en esto era injusto con el Gobierno, que ni impide ni quiere impedir que circule por todas partes su discurso. Yo hubiera deseado que el Sr. S. la historia del partido moderado no la hubiese hecho, digámoslo así, a saltos; porque algo ha acontecido en las épocas que S. S. no analizó, y entre ellas una en que S. S. fué digno ministro de la Corona. ¿Se habían cumplido todas esas promesas de paz, orden y justicia? Yo digo esto en forma de represión; sino para que se vea si hay derecho después de eso para venir a reconocernos ahora.

No he tomado nota de ciertos cargos que S. S. ha dirigido al ministerio, porque contestados ya una y otra vez no hay para que molestar al Senado con los mismos razonamientos; pero hay algo nuevo y grave en lo que S. S. ha dicho respecto a haber llevado a los ayuntamientos lo que por la ley les estaba prohibido. Esto sin duda lo debe haber oído S. S., y yo lo puedo decir que no es verdad, así como puedo decirle al Sr. Calderón Collantes que no es lo que manifestó respecto a las listas de sospechosos, pues yo tengo una carta del gobernador civil de la Corona en que así me lo asegura, manifestándome que no hay tal cosa. Esto es completamente falso.

El señor marqués de Molins presentó el hecho que acabó de indicar calificándolo nada más que como una cosa posible; pero no hay nada de eso: lo que ha sucedido, y esto no tiene nada de particular, es que las municipalidades han hecho sus protestas de adhesión y de fidelidad a nuestra Reina, y no manifestación alguna política que el Gobierno no hubiera consentido; y no se comprende que el señor marqués de Molins después de su protesta de monarquismo venga por espíritu de oposición a querer desvirtuar en poco ni en mucho la gran manifestación que ha hecho el pueblo español en favor del Trono.

Respecto a la separación de los magistrados, y de la que no quiero hablar porque se ha dicho bastante, sobre esto no es que una cosa, y es que si alguien día me veo bajo el fallo de los tribunales, que no sean estos señores los que me juzguen, porque dudo que tengan aquella templanza que son prendas seguras de acierto. Por lo demás, la separación de esos señores magistrados no viene a lastimar en nada el fallo de los tribunales, ni a influir en lo más mínimo en la recta administración de justicia.

Nos habló el señor marqués de Molins también de la dictadura, y sabido es que eso no se concede a estos ó a los otros ministros, sino al ante que se llama Gobierno; y con este motivo nos hablaba también S. S. de que no se gobierna siempre resistiendo, y esto nadie lo pone en duda; pues el resistir, si bien es gobernar, no es todo lo que se llama gobernar, sino una parte; y bajo cierto punto de vista siempre los Gobiernos resisten. Y aquí debo hacer una declaración, y es que esos decretos que el Gobierno quiere que se conviertan en leyes no van a ser perpetuos; durarán lo que la situación que tenemos delante, pues el Gobierno necesita defenderse de los embates de la revolución. Se ha olvidado sin duda que no todos los partidos reconocen una legalidad común, en cuyo caso vendría muy bien lo que se dice; pero hay que recordar aquella frase de *todo ó nada*, que no hemos inventado nosotros, y que sabemos lo que quiere decir. La Unión liberal dijo que todo no, pero que algo sí; y aun no algo sino mucho, bastante, y contestaron a canchonzas, y nosotros después de esa experiencia hemos acordado no conceder nada.

El día que ese dilema desaparezca, entonces podrá no darse esa contestación. Yo no puedo seguir al señor marqués de Molins en el terreno a que ha querido llevar la cuestión, pues en ese terreno está ya muy tratada. La religión católica, la unidad religiosa no se opone a los

Gobiernos constitucionales, no se opone a la libertad, sino a los libertinajes de toda especie y de toda forma. S. S. estaba sin duda bajo la preocupación del neo-católicismo, y yo puedo decir que no comprendo nada más ridículo que el epíteto de neo-católico en una tierra donde todos somos católicos, apóstolicos romanos: eso no es más que un mote un nombre de batalla para la política.

Nos hacía S. S. un cargo porque la represión de la prensa pública produce la prensa clandestina. ¿Y esto lo dice el ministro de 1854? ¿Se necesita toda la consideración que S. S. merece y toda la elocuencia de S. S. para decir eso? Es verdad; mala es la prensa clandestina, pero cuando además de esto se deja ser difamadora a la pública son dos males. (Un señor senador. Eso no puede ser). Se equivoca el que me dice que ambas cosas no pueden ser; el señor marqués de Molins puede decir si en su tiempo no nacían por todas partes los periódicos clandestinos.

S. S. dedicó una gran parte de su discurso a una cuestión tratada aquí magistralmente por el señor ministro de la Gobernación. Señores, hace días que se viene haciendo aquí una especie de tela de araña con motivo de unas palabras de nuestro compañero, que se suponen veladas, tomando para hacer indicaciones párrafos y frases del preámbulo de un decreto muy importante, sin olvidar que en ese mismo documento se dice por el ministerio que la Constitución de 1845 será íntegramente sostenida. Pues bien; lo que el señor ministro de la Gobernación ha sostenido desde la esfera de los principios yo voy a demostrarlo en el terreno práctico.

Si, señores, hay una gran desarmonía entre la Constitución real orgánica de este país y la Constitución escrita.

La Constitución de 45, como la de 37, y todas las modernas, tiene una condición implícita que la sirve de base, y es que hay un límite que ninguno del Rey abajo, incluso el Rey, puede exaltarse de su derecho. ¿Habeis visto una Constitución moderna que ponga condiciones al Rey para elegir sus ministros y disolver las Cámaras? ¿No concede la Constitución a los senadores y diputados la iniciativa? ¿Pueden todos los días al extremo de su derecho y no hay Gobierno posible. Esta consideración toda la habeis hecho alguna vez; y en este punto nuestra historia, nuestro modo de ser, nuestra Constitución real está en desarmonía con la Constitución escrita. No creo que se deba hablar más de este asunto.

También ha hecho indicaciones el señor marqués de Molins respecto a los artículos de la Constitución que se cumplen y otros que S. S. supone infringidos. ¿Pues no oyó S. S. el axioma filosófico de derecho público sentado por el señor duque de la Torre, que decía: «Dadme el art. 7.º de la Constitución y os abandono los demás.» Y tenía razón el señor duque de la Torre, pues ese artículo consigna la seguridad individual; pero no debió recordarlo S. S., que votó la ley de suspensión de garantías individuales. Y no se diga que esa ley tenía un límite, porque si se hubiera querido entenderlo así se habría dicho como en las demás autorizaciones pedidas por la Unión liberal: «hasta la próxima legislatura.» Lo cierto es que la ley de suspensión de las garantías, la ley que pone a disposición del Gobierno la tranquilidad y el domicilio de la familia, no tiene cortapisas alguna.

Voy a concluir. Otro de los cargos que el señor marqués de Molins ha dirigido al Gobierno, aunque indirectamente, ha sido relativo a la dimisión del señor marqués de Miraflores, último presidente de esta Cámara. Señores, después de lo que se ha manifestado desde este banco, dudar de la causa por la que el señor de Miraflores ha dejado su puesto, es inferir una injuria a S. S., que ha dicho que estaba enfermo. Ya sabemos que suele con esa fórmula ocultarse otros motivos; pero entonces lo que hacen los hombres que se estiman y valen, y el señor marqués de Miraflores se estima y vale muchísimo, es sostener lo que han dicho, y lo que hacen sus amigos es no poner en duda su veracidad. Yo no rechazo, pues, en nombre del Gobierno la ofensa que se infiere al señor marqués de Miraflores suponiendo que le engañó diciendo que dimitiese por enfermo.

Por último, respecto a la indicación del señor marqués de Molins, que por el alejamiento del señor general O'Donnell parece que quiso atribuir al Gobierno, no añadiré a lo manifestado sino que el señor duque de Tetuan está ausente porque así lo tiene por conveniente, sin que haya ninguna disposición que le impida ocupar su puesto en el Senado.

He concluido; y como hay otros señores que tienen pedida la palabra, y espero que tendré que usarla otra vez, entonces rogaré al Senado que vote el proyecto de ley que se discute.

El señor VICEPRESIDENTE (Huel): Tiene la palabra el Sr. Vaamonde.

El Sr. RODRIGUEZ VAAMONDE: La renuncio.

El señor VICEPRESIDENTE (Huel): Pues la tiene el Sr. Calderón Collantes.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Nos inculpa el señor ministro de Ultramar porque hemos prolongado estos debates que S. S. califica de estériles. Señores, si un debate sobre los actos más importantes de un Gobierno no es pertinente, no sé cuál deba considerarse fructuoso, y mucho menos teniendo en cuenta que estos Cuerpos son esencialmente políticos, y que de esas discusiones deben ocuparse todavía más que de votar leyes.

En cuanto a la ley de suspensión de garantías, según la inteligencia del Gobierno que la presentó, era temporal y se fundaba en circunstancias extraordinarias, mientras que lo que hoy se establece por la ley de orden público es la suspensión indefinida de esas mismas garantías.

Listas de sospechosos. El señor ministro de Ultramar insiste en que no es cierto lo que yo dije; pero yo invoco en mi favor el testimonio de su compañero de Gobernación, el cual declaró que eso de las listas de sospechosos fué ya mandado por el Sr. Posada Herrera, es decir, que el hecho está reconocido. Y hoy mismo recibo por el correo una carta y una lista de los que en pocos días han sido comprendidos en ella como sospechosos bajo la denominación de «ideas avanzadas», y puedo asegurar que no son progresistas ni demócratas. Estos documentos se los enseñaré si gusta privadamente al señor ministro. En cuanto al gobernador de la Corona, hace bien en negar lo que el Gobierno le ha mandado que ejecute secreta y reservadamente.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: El señor Calderón Collantes establece un hecho que yo tengo que negar rotundamente sobre mi honor, yo no he mandado a nadie que forme listas de sospechosos, y autorizo a todos los funcionarios de mi dependientes para que revelen alguna cosa contraria a lo que afirmo. Repito que yo no he dado semejante orden, y por otra parte el gobernador de la Corona es una persona tan digna de fe como un senador del reino. Yo no soy capaz de faltar a la verdad en ninguna parte, y mucho menos ante una Asamblea como esta; y tratándose de una medida que fuera necesaria, tengo yo bastante corazón para mandar y venir luego a defenderla en este sitio.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: No diré más que dos palabras. Si este incidente da por resultado que los gobernadores ó alcaldes que están formando esas listas sin orden del ministro de la Gobernación son sometidos a los tribunales de justicia, yo me felicitaré; pero me permito dudar.

El señor duque de la TORRE: No pensaba volver a tomar parte en el debate; pero la carga de petar que el Sr. Castro ha dado a la Unión liberal me obliga a contestar aunque sea brevemente. Señores, parece que los ministros no tienen más fin que atacar a la Unión liberal. Se dice que hemos prolongado este debate, y no se recuerda que de todos

los discursos pronunciados solo uno ó dos lo han sido por individuos de este partido.

He dicho el otro día con toda sinceridad que la Unión liberal no puede ser Gobierno; y aun más que no quiere serlo, y no merece ciertamente ese ataque violento salido de los bancos del ministerio.

No ha hecho mención de ciertas palabras del señor duque de Tetuan que yo no recordaba ó que tal vez no oí, y que fueron dichas con el objeto de inspirar confianza; pero se comprende perfectamente que ni el señor duque de Tetuan ni nadie puede tener la pretensión de asegurar que no se ha alterado el orden público. Por lo demás, no este el momento de hacer el programa de los principios de la Unión liberal. Estos ya son conocidos.

Se me ha criticado porque en una de las sesiones pasadas hablé de mi persona con motivo de un suceso completamente pasado, sin considerar que el otro día me limité únicamente a contestar a lo que se había dicho del abandono del Palacio, no queriendo hablar de los sucesos del 22, y se me hace un cargo de que no haya habido una palabra para aquellos valientes oficiales que fueron valientemente asesinados, y entre los que había alguno a quien quería como a un hermano, cuando no es posible olvidar a aquellos mártires del honor más exaltado y que pueden presentarse como ejemplo y modelo aun a los generales más distinguidos que se separan morir en sus puestos, y no se haga lo que otras veces cuando se han visto sorprendidos por los soldados que tenían a sus órdenes.

Se ha hablado también de la ausencia del señor duque de Tetuan, y de que esta oposición no tenía razón de ser; y preciso es que se tenga presente que el señor duque de Tetuan es el jefe reconocido de la Unión liberal, y nuestro amigo particular y político. No ha venido por consideraciones especiales, y porque se le dijo que no era precisa su presencia, puesto que otros jefes de partido, como el señor duque de Valencia, han estado ausentes del Parlamento, y sus amigos han combatido; en lo demás estamos de acuerdo, y cualquier pequeña diferencia que haya la dejamos a un lado, no mirando más que el bien de la patria.

Respecto a si los capitanes generales han estado en los cuarteles, yo, que fui el que más permanecí, estuve 19 días, y en seguida que el conde de Reus atravesó la frontera me fui a mi casa y yo volví a estar más en el cuartel.

Yo decía que se me diera el art. 7.º de la Constitución, porque la garantía individual es una de las primeras garantías; pero no he querido decir que no fueran precisos los demás artículos de la Constitución, debiendo en mi concepto si se cree necesaria esa suspensión pedirla por otra ley, que podría discutirse brevemente, como se hizo durante el ministerio presidido por el señor duque de Tetuan, porque esto es una cosa de inmensa gravedad que debe mirarse con muchísimo cuidado.

El Sr. GONZALEZ NANDIN: El Senado ha oído alusiones inmotivadas, pero injuriosas, contra los magistrados que están en la situación que el Senado sabe, las cuales no pueden quedar sin contestación.

El señor ministro de Ultramar ha dicho que no conlucía en nuestra justificación si tuviera que presentarse en los Tribunales siendo nosotros jueces. Pues yo, a pesar de la situación en que me encuentro respecto al Gobierno, permaneceré muy tranquilo en mi casa después de votada esta ley de orden público, porque estoy seguro de que el Gobierno haría y hará lo que los magistrados harían y harán cuando vuelvan a sus puestos. Pero no es extraño que eso diga S. S. cuando la legalidad se conculca bajo el pretexto del principio de autoridad, no es extraño que entonces no se reconozca ninguna garantía.

Sin embargo, esté S. S. tranquilo, si, pues mañana tal vez el que hoy se encuentra en el poder llegará a verse en una prisión, aunque el tribunal lo compusiesen los ministros aquí sentados; yo puedo recordar una página de mi humilde historia. No queriendo reconocer a la junta revolucionaria de Sevilla, siendo magistrado de aquella audiencia, tuve que arrojar la toga, permaneciendo fiel al juramento; hubo un fauático que me hirió en el pecho, y tuve que marcharme; pero vino el año 54 y fui nombrado fiscal de la Audiencia de Madrid; los correligionarios del que me hirió estuvieron bajo la acción del tribunal en que yo desempeñaba dicho cargo; y viendo que no eran criminales, puse mi dictamen que la Audiencia aprobase pidiendo su escarcelación, proceder que me costó la toga.

El señor ministro de ULTRAMAR: El Sr. Calderón Collantes me ha dirigido una reconvencción, sin tener en cuenta que yo no he dicho que el debate era estéril sino que he demostrado que para el asunto que se trataba de resolver por el Senado no podía tener gran resultado desde el momento que se había desdichado el voto particular del Sr. Escudero y Azara; y respecto al Sr. Vaamonde, yo quisiera que el Sr. Calderón Collantes me explicase alguna explicación mas para ver dónde estaba el uso y dónde principiaba el abuso.

Respecto al señor duque de la Torre debo decir que S. S. sin duda no me ha entendido, pues yo no le he hecho ningún cargo, como ha creído. Al hablar de si había habido ó no algún recuerdo para aquellos brillantes oficiales de artillería; pero aunque no fuera más que por haber dado lugar a las palabras tan elocuentes que S. S. ha tenido para aquellos ilustres mártires, me daría por satisfecho. El señor marqués de MOLINS: El Sr. Castro me ha contestado cometiendo grandes equivocaciones que convendría rectificar; pero atendiendo al cansancio del Senado, a lo avanzado de la hora y a que pronto se ofrecerá ocasión para responder a S. S. tan cumplidamente como debo hacerlo, me reservo uso de la palabra para entonces.

El Sr. RENTERO Y VILLALBA: La comisión nada tiene que decir después de los discursos pronunciados, y se limita a suplicar a la Cámara se sirva aprobar el dictamen que se discute. Hecha a continuación la pregunta de si se aprobaba el artículo único, objeto del debate, se pidió por suficiente número de señores senadores que la votación fuera nominal; y verificada esta, resultó aprobado dicho artículo por 122 votos contra 65, en la forma siguiente:

Señores que dijeron sí: Señores duque de Valencia.—Calotje (D. Eusebio).—Arrazola.—García Barzanallana.—Gutierrez de Rubalcava.—Orovio.—Castro.—Ruiz de la Vega.—Caballero (D. Antonio).—Cueto.—Miranda.—Chico de Guzman.—Marqués de Falces.—Palma y Vinuesa.—Conde de Montefuerte.—Carriquiri.—Blasquez.—Larios.—Campuzano.—Conde de Casarull.—Conde de Floridablanca.—Sanz (D. Miguel).—Armero.—Villalba.—Conde de Guendulén.—Rentero y Villa.—Conde de Pannorostro.—Alonso.—Aristizabal.—Lopez Vazquez.—Retortillo (D. Tomás).—Marqués de Montevirgen.—Moreno (D. Domingo).—Cerro y Alvarez.—Marqués de Villavieja.—Seijas Lozano.—Marqués de Casa-Pavón.—Gonzalez Romero.—Sanchez Oceña.—Conde de Sevilla la Nueva.—Revagilato.—Marqués de Modula.—Conde de la Cañada.—Conde de Monterron.—Obispo de Almería.—Marqués de Jura-Real.—Mendoza Cortina.—Marqués del Puerto.—Lara.—Patriarca de las Indias.—Conde de Casa Rojas.—Obispo de Cartagena.—Marqués de Roncal.—Marqués de Maenza.—Sanz (D. Laureano).—Olivia.—Marqués de O'Gavan.—Marqués de Ministrol de Noya.—Eguizabal.—Rivero.—Soria.—Mayalde.—Marqués de San Gil.—Señor de Rubines.—Cárdenas.—Vizconde de Revilla.—Marqués de Mirabel.—Duque de Alago.—Vincent y Vives.—Castellano (D. Tomás).—Conde del Real.—Castro y Rojo.—Zapatero y Navas.—Donoso Cortés.—Marqués de Aranda.—Marqués de Valladarez.—Estrada.—Calonge (don Manuel).—Marqués de Viluma.—Conde de Velarde.—Conde de Maceda y de San Roman.—Expeleta



D. Fermín).—Conde de Goyeneche.—Marín Bar-  
nuevo.—Conde de Castillo del Tajo.—Marqués de  
Bamonde.—Benavides.—Marqués de Albranca.—  
Conde de Superunda.—Escudero (D. Antonio).—  
Conde de Santa María.—Conde de la Peña del Mo-  
ro.—Vassallo.—Conde de Villafraña de Gaitán.—  
González Elipse.—Marqués de Gastanaga.—Souza.  
—Marqués de Castilleja del Campo.—Marqués de  
Malpica.—Conde de Torres-Cabrera.—Conde de  
Cheste.—Marqués de Penafiel.—Duque de Medi-  
naci.—Beruete.—Marfori.—Marqués de Villase-  
ca.—Trúpita.—Ruiz Tagle.—Conde de Zamora de  
Río.—Conde de Romera.—Conde de Villanue-  
va de la Barca.—Arzobispo de Valladolid.—Conde  
de la Rosa.—Duque de Moctezuma.—Marqués de  
Cáceres.—Duque de Baena.—Sevilla.—Señor presi-  
dente.

Total, 122.  
Señores que dijeron no:  
Señores duque de Ahumada.—Duque de Abran-  
tes.—Marqués del Duero.—Llorente.—Fernández  
Lacort.—Portilla.—Ortiz de Zúñiga.—Marqués de  
Molins.—Marqués de Morante.—González Nandín.  
—Marqués de San Saturnino.—Conde de Balazote.  
—Sierra y Cárdenas.—Monares.—Carramolino.  
—Morales Pulido.—Cuenca.—Conde de Zaldivar.  
—Duque de Gor.—Caballero (D. Andrés).—Marqués  
de Mendigorría.—Marqués de Camarasa.—Suárez  
de Deza.—Marqués de Santa Cruz de Rivadulla.  
—Conde de Ripalda.—Duque de Tanames.—Urbina.  
—Duque de Sexto.—Duque de Alba.—Rodríguez  
Vaamonde.—Príncipe Pío.—Istúriz.—Chacon y Du-  
rán.—Conde de Vega Mar.—Sanchez Silva.—Escu-  
dero y Azara.—Conde de Santibañez.—Goicoerrea.  
—Marqués de Almonacid.—Conde de Ezpeleta.  
—Echague.—Retortillo (D. Francisco).—Iriarte.  
—Ossa.—Marqués de Castellanos.—Sierra Pambley.  
—Baron de Salillas.—Marqués de Corvera.—Mar-  
qués de Altare.—Luxán.—Marqués de Valdeherra-  
zo.—Infante.—Marqués de Hoyos.—Santa Cruz (don  
Francisco).—Marqués de la Serna.—Marqués de  
Sierra-Bullones.—Pastor.—Calderon y Collantes.  
—Duque de la Torre.—Marqués de Camacho.  
Marqués de Guad-el-Jelú.—Chinchilla.—Barrantes.  
Total, 65.

Ocupando la tribuna el señor conde de Torre-  
mata, leyó el dictamen de la comisión relativo al  
proyecto de ley alterando varios artículos de los  
que se refieren á las reducciones y enganches del  
servicio militar de 29 de Noviembre de 1859 y 26  
de Enero de 1864, y el señor vicepresidente Huert  
anunció que se imprimiría y repartiría, y se seña-  
laba día para discutirlo.

El señor VICEPRESIDENTE (Huert).—Orden del  
día para mañana: discusión del proyecto de ley  
fijando las fuerzas navales permanentes para el año  
económico de 1867 á 1868; del en que se autoriza  
al Gobierno para aumentar dichas fuerzas navales  
en el caso de continuar la guerra; del relativo á  
la reforma de varios artículos de la ley de Enjui-  
ciamiento civil, y del en que se fija la fuerza del  
ejército permanente para el año económico de 1867  
á 1868.

Se levanta la sesión.  
Eran las siete y veinte minutos.

## CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SR. BELDA.

Extracto de la sesión celebrada el día 16 de  
Mayo de 1867.

Abierta á las dos y media, se leyó y fué aproba-  
da el acta de la anterior.  
Pasó á la comisión oportuna una comunicación  
del señor ministro de Hacienda, manifestando los  
diputados que á la vez ejercían cargos dependientes  
de su ministerio.

Se leyó la siguiente  
Proposición del Sr. Menéndez de Lurca.

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que verá  
con gusto que el Gobierno de S. M. dé pronto cum-

plimiento á las disposiciones últimamente dictadas  
para organizar la Instrucción pública.  
Palacio del Congreso, 16 de Mayo de 1867.—Ale-  
jandro Menéndez de Lurca.—Gabino Tejedo.—  
Domingo Díaz Caneja.—Ramon Somoza Saavedra.  
—Marqués de Santa Cruz de Inguanzo.—Manuel de  
la Pezuela.—Joaquín Ceballos Escalera.»

En su apoyo dijo  
El Sr. MENÉNDEZ DE LUARCA: Señores, vengo en  
uso de mi derecho á promover la cuestión á que se  
refiere la proposición que acaba de leerse, después  
de haber procurado traerla á discusión por otros  
medios que ya conocen los señores diputados.

Dos clases de consideraciones me obligan á tratar  
de ella con tanta premura y á darla tanta impor-  
tancia: La primera es que tan luego como hemos  
dado nuestro fallo absoluto á la conducta del  
Gobierno sobre instrucción pública, se ha empeza-  
do á decir que el Gobierno no era bastante fuerte  
para llevar á cabo la misma legislación que él ha-  
bía propuesto y que nosotros habíamos aprobado.  
Un periódico de la capital decía pocos días después  
de haberse verificado aquella votación las siguien-  
tes palabras:

«El Sr. Nocedal iría á las elecciones y como  
hombre leal á sus principios, y en quien solo la  
pasion puede producir extravío, daría su circular,  
daría su manifiesto, haría su declaración ante el  
cuerpo electoral, su declaración de doctrinas que  
todos sabéis: la enseñanza completa en poder del  
clero; la prensa emudecida; la defensa del perio-  
dista reducida á lo que jamás, ni aun en los tiempos  
inquisitoriales, se ha visto reducida; el Parlamento  
obligado solo á votar las leyes, solo á votar el pre-  
suesto; la Reina con el derecho indisputable de  
nombrar libremente sus ministros, y de quitarles  
cuando le pareciere oportuno; los ministros sin ge-  
nero ninguno de obligación de atender á lo que la  
mayoría de las Cámaras les preceptuase ó les ju-  
dicase. La enseñanza, la prensa, la tribuna en es-  
te estado!»

Señores, en 1852 se dijo quizá menos que esto.  
¿Qué sucedió entonces? ¿Qué sucedió ahora? Lo  
que sucedió hoy (esto es, el 12 de Abril de 1864)  
es que se planteara inmediatamente la cuestión de  
fuerza, porque solo con la fuerza podría el Sr. No-  
cedal llevar adelante sus propósitos. Sucedió esto,  
ó tendria el Sr. Nocedal que retirarse confesándose  
vencido. El Sr. Nocedal tiene la conciencia y leal-  
tad de sus actos, y creo que se retiraría desde lue-  
go: si no lo hiciese así, yo le combatiría hasta el  
último extremo.»

Hé aquí demostrada la necesidad de la proposi-  
ción que he presentado, y que tiende á que el Go-  
bierno realice en punto á instrucción todos los pen-  
samientos que habia enunciado en la legislatura á  
que me refiero.

La segunda clase de consideraciones que me mo-  
vieron el otro día á renovar mi pregunta, y hoy  
á tratar de este asunto, era que el día 14 de Ma-  
yo tenia lugar el cuarto aniversario de un acon-  
tecimiento á que siempre rendiré culto. De la re-  
cogida de un periódico porque publicaba ciertas  
proposiciones que se enseñaban en una uni-  
versidad, y que sin embargo, el Gobierno creía  
peligroso que se publicaran aun cuando fuese para  
refutarlas.

Dicho esto, que justifica el que tome la palabra,  
voy á entrar en la cuestión concreta; y lo haré  
siendo tan completamente ministerial, que casi no  
me valdré de otros argumentos que los tomados  
de las mismas circulares y Reales órdenes dicta-  
das por el Gobierno de S. M.

¿Qué medidas, señores, debe tomar el Gobierno  
relativamente á instrucción pública? A esta pre-  
gunta contesta el Gobierno en una circular de 20  
de Julio de 1866, en la cual se niega el derecho de  
los catedráticos para enseñar doctrinas que ataquen  
directa ni indirectamente á las creencias católicas  
ó á la Monarquía constitucional, deduciendo de  
estos principios que es menester dirigir la instruc-  
ción de modo que solo pueda dar buenos frutos; y  
consta también en la Real orden de 1.º de Agosto,  
en la cual dice que el padre de familia que man-

da su hijo á la Universidad, debe tener la seguri-  
dad de que no se le enseñará nada contra la reli-  
gión ni contra el Trono, comprometiéndose el Go-  
bierno á que no sea profesor en España el que tal  
haga.

Y esto no para el porvenir solamente; al dictar  
aquella medida también se pensaba en lo pasado,  
y se decía que serian separados los profesores que  
se hubieran hecho indignos de conservar el sagra-  
do depósito que les hicieran los padres de fa-  
milia.

El Gobierno, pues, ha dicho que no puede con-  
sentir que sigan en sus puestos los profesores que  
explican malas doctrinas, ó que no se hayan re-  
tractado de las que explicaron, y por consiguiente,  
debe evitar que esos catedráticos continúen expli-  
cando á pesar de lo ofrecido por el Gobierno.

Veamos ahora si el Gobierno está en el caso de  
tomar las medidas de que habla, y para ello oiga-  
mos lo que dice la famosa circular sobre la en-  
señanza en general.

«En la época actual, y por lo que respecta á Es-  
paña, no hay que negar que el espíritu demagógi-  
co y enemigo de todo lo que en ella existe de gran-  
de y tradicional ha pretendido penetrar en las re-  
giones de la enseñanza, ya sutilmente difundien-  
dose en los vapores conceptos de una filosofía y  
de una crítica extrañas al genio español; ya halagan-  
do á la incauta juventud con mentidas promesas  
para el porvenir; ya, por último, deslizando en la  
modesta escuela de la aldea para inspirar falsas  
ideas de la riqueza y de la pobreza, de la autoridad,  
de la justicia y del destino de los hombres.»

Esta declaración parecia todavía demasiado suave,  
y en 1.º de Agosto de 1866 se decía que el país  
había visto con asombro que los maestros de algu-  
nos pueblos, olvidando sus deberes, figuraban en  
sociedades demagógicas y perturbadoras, y poste-  
riormente que las medidas que habian de tomarse  
para evitar esos abusos, no podian diferirse hasta  
la aprobación de las Cortes.

¿Qué pasó después de todo esto? No lo sé; pero lo  
cierto es que en el art. 43 del Real decreto de 22 de  
Enero último, se dice: «Cuando un catedrático de  
facultad, bien en explicaciones de cátedra, bien en  
libros, folletos ó otras publicaciones, vierta doc-  
trinas erróneas ó perniciosas en el orden religioso,  
moral ó político, el rector, bajo su más estrecha  
responsabilidad, procederá á la formación de expen-  
diente.»

«Comprobado el abuso del catedrático en el  
ejercicio de su cargo, ó reconocido y ratificado por  
el autor el escrito en que los errores se contengan,  
el rector elevará el expediente al Gobierno, quien  
oyendo al Real Consejo de Instrucción pública, dic-  
tará la separación del profesor y su baja definitiva  
en el escalafón de la clase.»

Es claro, pues, que el Gobierno consideraba que  
tenia el deber de separar en ciertos casos á los pro-  
fesores.

Examinemos, por último, si el Gobierno ha cum-  
plido esos deberes, ya que consideraba que los te-  
nia. Tanto el señor ministro de Fomento como el  
señor director general de instrucción pública han  
reconocido que la enseñanza debía modificarse, y  
que eran ciertas y fundadas las reclamaciones que  
los Prelados han hecho repetidamente sobre ella;  
pues yo pregunto: ¿qué ha hecho el Gobierno en  
punto á instrucción? ¿Se han realizado los princi-  
pios que en uno y otro documento se expusieron?

No: no solo siguen ejerciendo el profesorado aque-  
llos profesores de quienes se quejaban los Prelados,  
y los que publican frases que ni aun para con-  
testarlas podia tolerarse que viesen la luz pública;  
hay un decreto de la sagrada Congregación del  
Índice, en el cual se condena un libro que todos  
conocéis, y que sin embargo circula. El señor mi-  
nistro al mismo tiempo consiente que se formen  
expedientes contra los profesores que se habian  
negado á firmar cierta protesta, en lo cual no les  
aplaudo el gusto; pero les concedo que estaban en  
su derecho, y permite la publicación de esa pro-  
testa, en la cual se llama derecho al libre examen,  
condenado por la legislación á que antes me he

referido, y por dos declaraciones auténticas, una  
de Pio VI y otra de Pio IX.

En Francia, señores, donde hay libertad de cul-  
tos, aparece prohibida la Congregación del Índice el  
libro de Mr. Renan, cuando este es trasladado desde  
el colegio imperial de Francia al archivo de docu-  
mentos, y en seguida destituido de uno y otro car-  
go. Esto es administrar; así se evita el corregir  
con las armas en la calle lo que se puede evitar  
desde el Gabinete con medidas preventivas.

Estamos, señores, al borde del abismo. Es muy  
abominable el partido que induce á la revolución;  
pero no lo es menos el que con su indeferentismo  
deja que llegue el momento de reprimir con las  
armas lo que puede evitarse con la prevision; y  
aun seria peor el que por fortuna no existe en Es-  
paña; y que cubriendo sobre la máscara hipócrita  
de la religión y la moral consintiese que se atacara  
á una y á otro.

El señor ministro de FOMENTO: Confieso, señores  
que me levanto lleno de espanto bajo el peso  
de las últimas palabras del Sr. Menéndez de Luar-  
ca. Parece que los galos están á las puertas de Ro-  
ma, y que no han pasado hace diez meses muchas  
cosas ante las cuales ciertas personas han callado,  
y callado, y callado.

Al oír á S. S. recordaba yo otra discusión en es-  
te Cuerpo; y como veía que el Sr. Luarca citaba  
todo cuanto ha dicho y hecho, se me venia á las  
mentes aquel ciudadano de Atenas que contestaba  
á un orador que hablaba muy bien en la plaza pú-  
blica: «Todo eso lo hago yo.»

¿De dónde ha sacado S. S. que el que ha firma-  
do esos decretos no está dispuesto á cumplirlos?  
Yo le daré pruebas de que sí. Un solo maestro de  
aquellos de quienes los Obispos se han quejado ha  
permanecido en su cátedra. Se ha mandado practicar  
una inspección extraordinaria, y cuando ha re-  
sultado de ella que un maestro no enseñaba bien la  
religion ha sido separado. ¿Es esto poco? ¿No  
satisface esto á S. S.?

Pues no se ha hecho más porque no debía ha-  
cerse; porque el Gobierno no se ha de dejar llevar  
por las habbitudes de ciertos círculos.

Los deberes que el Gobierno tiene en virtud de  
sus disposiciones están claros, y el Gobierno dis-  
puesto á cumplirlos tan rápidamente como pueda  
hacerlo. Quemábase la amargura de que injusta-  
mente se le dijera que no cumplía con su deber,  
como se le ha dicho hoy por el Sr. Luarca, á  
quien tal vez le pesen sus palabras algun día; por-  
que hay celos tan exagerados, que hacen más daño  
que provecho á las causas que defienden.

«Cree S. S. que están abandonados los intereses  
de la fé y de la moral cuando se ha hecho efectiva  
la intervención de la Iglesia en los libros de texto?  
¿Cuándo ha sucedido esto hasta que se ha dado  
asiento en el Consejo de Instrucción pública á los  
Obispos?»

El Sr. Luarca preguntó hace días si se habia  
mirado cierto expediente relativo á algunos pro-  
fesores, y si se tenia noticia de un libro que habia  
aparecido en la lista del índice romano. Me levante  
inmediatamente á decir que no podia tratarse  
de lo primero en estas circunstancias, y acerca de  
lo segundo dije que tomara medidas y las tomé.

Habia un libro escrito hace muchos años, que  
no quiero citar, y un decreto del índice del año  
1865 prohibiéndolo, y sin embargo no se ha hecho  
esta denuncia hasta ahora. Yo, cuando se hizo,  
mandé inmediatamente traer el libro y el índice,  
y se empezó la instrucción de expediente que se  
requiere para que la enseñanza no sufra, según lo  
dispuesto en esa legislación citada por el señor di-  
putado. Pero es imposible que haya sido ya con-  
cluido ese expediente, y haya venido la separación  
en la Gaceta cuando hace solo cinco días que se  
hizo la pregunta. Dentro de poco más se tomará  
la resolución á que haya lugar; pero no se hará  
hasta entonces, porque el Gobierno no procederá  
de ligero y sin seguir todos los trámites legales y  
regulares ni en este ni en ningún asunto.

En cuanto á la comparación de Renan, no es acep-

table; al quitarle á Mr. Renan la toga se le escri-  
bió una carta disculpándose, y se permitió la cir-  
culación del libro. Vea S. S. si, bien mirado, hay  
más cuidado en Francia que en España por la pu-  
reza de la enseñanza.

A los diez días de ocupar el ministerio publi-  
qué esa circular que S. S. ha citado, y mandé ha-  
cer una inspección sobre la enseñanza que ha da-  
do por resultado la separación de muchos maes-  
tros que no explicaban la buena doctrina. ¿Qué más  
se habia de hacer? ¿Proceder sin conocimiento de  
causa? Pues yo no haré jamás eso, porque estoy  
acostumbrado á obrar siempre con pleno conoci-  
miento de lo que debo hacer. Prometi tomar me-  
didas y las tomé por el camino más expedito, fal-  
tando algun tanto á las leyes, pero haciendo con  
ello un gran bien, acomodando la enseñanza, las  
leyes, al espíritu que domina en ellas.

No creo, señores, que el Congreso necesite más  
explicaciones. Que los principios consignados en  
esas leyes son buenos, lo ha reconocido el señor  
Luarca; que el Gobierno piensa aplicarlos, es indu-  
dable, y yo lo declaro de nuevo; y en cuanto á ha-  
cer las cosas demasiado deprisa, yo no lo haré  
nunca, porque es necesario sentar bien los pies y  
no dar pasos en falso para llegar segura y sólida-  
mente al fin que el Gobierno se propone.

Quando el país está en circunstancias difíciles,  
señores, no es la buena ocasión para suscitarle di-  
ficultades sus mismos amigos. Lejos de eso, es  
preciso que se agrupen para sostenerlo, y que no  
tengan impaciencia por ver satisfechos sus deseos,  
pues solo marchando paso á paso y con seguridad  
se llega fíjamente y sin exposición al punto que se  
desea.

El Sr. MENÉNDEZ DE LUARCA: Debo decir que  
yo no hubiera promovido esta cuestión si tuviera  
en cuenta sólo el caso del catedrático cuyo libro  
está en el índice; lo he hecho porque nada se ha  
hecho respecto á catedráticos de facultad, contra  
los que tambien hay quejas.

Es cierto que la vida de Jesús, escrita por  
Mr. Renan, circuló por Francia; pero tambien  
circulan en España ese y otros libros, expuestos  
á las miradas de todos en los escaparates de las  
tiendas de la corte.

Respecto á que he sido injusto, yo no lo com-  
prendo cuando todo mi discurso ha sido tomado  
de las obras del señor ministro de Fomento. Dice  
S. S. que tal vez me pese en alguna ocasión. ¿Será  
el señor ministro quien haga que me pese? No lo  
creo. Además, yo cuando cumplo un deber no  
miro las consecuencias.

El señor ministro de FOMENTO: El Sr. Luarca  
ha hecho más que oponer denegaciones á lo que  
yo he dicho, y yo no necesito contradecirle. Uni-  
camente añadiré que S. S. ha podido ver en la  
Gaceta las destituciones de algunos profesores de  
escuelas especiales.

Ruego, pues, al Congreso que no tome en consi-  
deración la proposición del Sr. Luarca.

El Sr. MENÉNDEZ DE LUARCA: La retiro.  
El Sr. Catalina apoyó la proposición de reforma  
del reglamento, considerando que las modificacio-  
nes que propone en el reglamento actual son con-  
formes á las facultades que debe tener la mayoría,  
que es la que determina lo mas conveniente con-  
forme al dogma constitucional.

El señor ministro de Gracia y Justicia dijo que  
el Gobierno aceptaba el proyecto de reforma del  
reglamento y rogaba encarecidamente al Congreso  
que lo tomase en consideración.

Puesto á votación si se tomaba ó no en conside-  
ración, y pedido que fuera nominal, se tomó en  
consideración por 176 votos contra 13.

Se leyeron las proposiciones de ley autorizadas  
ayer por las secciones y que conocen ya nuestros  
lectores.

Se aprobó definitivamente el proyecto de ley de  
canalización del Ebro y se levantó la sesión.  
Eran las cinco.

# SECCION DE ANUNCIOS.

Rebaja á las corporaciones, sociedades  
mercantiles y á las particulares que anun-  
cien periódicamente.

## EXAMEN CRITICO DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO EN LA SOCIEDAD MODERNA, POR EL R. PADRE L. TAPARELLI. DE LA COMPAÑIA DE JESUS, TRADUCIDO DEL ITALIANO.

Esta obra importantísima, publicada en la CIVILTA CATTOLICA,  
Revista que sale á luz en Roma bajo los auspicios de Su Santidad, con-  
stará de dos tomos de 500 á 600 páginas cada uno.

Se ha publicado el tomo primero, en el cual despues de una in-  
troducción magníficamente escrita, se tratan magistralmente, confor-  
me á los principios de la filosofía católica los puntos siguientes:

- 1.º El principio heterodoxo es la abolición del derecho y de la  
unidad social.
- 2.º El sufragio universal.
- 3.º Posesión de la autoridad.
- 4.º Emancipación de los pueblos adultos.
- 5.º Libertad.
- 6.º Libertad de la prensa.
- 7.º Teorías sociales sobre la enseñanza.
- 8.º Naturalismo.
- 9.º Felicidad social.
10. División de los poderes.

A pesar de su mucha extensión y lectura se vende el Tomo primero  
del EXAMEN CRITICO al reducidísimo precio de 14 rs. en Madrid y  
16 en provincias.

Los pedidos se dirigirán al administrador de EL PENSAMIENTO  
ESPAÑOL (Pelayo, 38 y 40, principal) acompañando siempre el im-  
porte en libranzas ó sellos de correo.

Se está imprimiendo el tomo segundo.

## ROB BOYVEAU LAFECTEUR

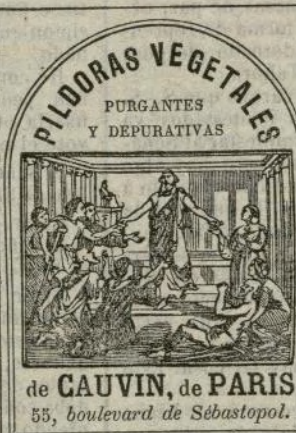
El Rob Boyveau Lafecteur es el único autorizado y garantizado legítimo por la  
firma del doctor GIRAudeau DESANT-GERVAIS. De una digestión fácil, grato al pa-  
ladar y al olfato, el Rob está recomendado para curar radicalmente las enfermedades  
cutáneas, los empeines, los accecos, los cánceres, las úlceras, la sarna degenerada, las  
escrófulas, el escorbuto, pérdidas, etc.

Este remedio es un específico para las enfermedades contagiosas nuevas, inveteradas  
ó rebeldes al mercurio y otros remedios. Como poderoso depurativo, destruye los ac-  
cidentes ocasionados por el mercurio, y ayuda á la naturaleza á desembarazarse de  
él, así como del yodo cuando se ha tomado con exceso.

Adoptado por real cédula de Luis XVI, por un decreto de la Convención, por la  
ley de prairial, año XIII, el Rob ha sido admitido recientemente para el servicio sani-  
tario del ejército belga, y el Gobierno ruso permite tambien que se venda y se anun-  
cie en todo su imperio.

Depósito general, en la casa del doctor GIRAudeau DE SAINT-GERVAIS, París,  
12, rue Richer.

En Madrid, J. Simon, agente general; Borrell hermanos; Escolar; V. Moreno Miquel;  
Quesada; Solomino; C. Ulzurrun; y la Agencia franco-española, antes Excepcion ex-  
tranjera, la cual trasmite los pedidos. (A.—2455.)



Precios: En París. En España.  
La 1/2 caja de 30 pildoras 2fr. 50 9fr.  
La caja de 60 pildoras 5fr. 50 18fr.

PLUS DE CHEVEUX BLANCS NO MAS CABELLOS BLAN-  
COS. AGUA DE SALLÉS, 44 y 50 rs.

Este producto sublime vuelve para siempre los cabellos blancos y á la barba su color  
primitivo sin ningún preparación ni lavaduras. Progreso, inmenso éxito garantido.  
Em. Sallés.—Perfumista químico, 5, rue de Buci, París.—Madrid, Agencia franco-espa-  
ñola, 31, calle del Sordo, sirve los pedidos.—Al por menor, C. Miró, Arenal.  
(Núm. 2.510.—A.)

## LA PREDICACION POPULAR,

POR MR. DUPANLOUP,

OBISPO DE ORLEANS.

Se vende encuadernado en rústica á 40 rs. en casa de el editor (Ca-  
beza 27). y en las principales librerías de esta corte.

## MEDITACIONES DE COLOR CLARO

POR UN AUTOR OSCURO.

Esta obra es una amena colección de artículos filosóficos, humorísticos y de  
costumbres, y de poesías de la misma índole, cuyas sanas tendencias hacen recomen-  
dable su lectura al par que entretenida, siendo esta acaso la principal razón que tuvo  
la prensa para recibir la obra que anunciamos con una benevolencia tan extremada  
mente lisonjera para su autor.

Se vende á 8 rs. en Madrid, en las librerías de Durán, Cuesta, Moya y Plaza, Lo-  
pez y Publicidad; en provincias se vende á 10 rs. en las principales librerías.

Pueden hacerse pedidos al Sr. D. Valentín Gomez, redactor de EL PENSAMIENTO ES-  
PAÑOL.

## ELEMENTOS DE FILOSOFIA ESPECULATIVA,

SEGUN LAS DOCTRINAS DE LOS ESCOLÁSTICOS Y SINGULARMENTE  
DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.  
Obra escrita en italiano por el Presbítero D. José Prisco, y traducida  
de la segunda edición por D. Gabino Tejedo.

Se ha publicado el tomo 2.º y último de esta obra, la cual se espnde á 40 rs. en  
Madrid en la Librería católica internacional de Tejedo, Silva, 47 y 49, y en la librería  
de Olamendi, Paz, 6. En provincias á 50 rs., por pedido directo acompañado de su im-  
porte, dirigido á la librería de Tejedo, ó á los corresponsales de dicha librería.

En todo pedido de diez ejemplares acompañado de su importe se hará un abono de un  
10 por 100. Cuando el pedido sea de mayor número de ejemplares se aumentará este  
abono.

## CONFERENCIAS DEL PADRE FÉLIX, DE LA COMPAÑIA DE JESÚS, PREDICADAS EN 1866. TRADUCIDAS Y PUBLICADAS POR EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

En las Conferencias del año pasado combatió el Padre Félix la  
economia anti-cristiana, y principalmente el socialismo.

La lectura de este libro puede producir inmensos bienes en cier-  
tas clases.

Puede hacerse una obra de caridad propagando la lectura de  
estas Conferencias.

Existen tambien ejemplares de las Conferencias de los años 1863,  
1864 y 1865.

Las correspondientes á cada año forman un folleto encuadernado  
á la rústica que se vende á 4 rs. en Madrid y 5 rs. en provincias,  
franco de porte.

Los pedidos deben hacerse á la Administracion de EL PENSAM-  
IENTO ESPAÑOL, Pelayo, 38 y 40, principal.

## ENFERMEDADES DEL PECHO.

Las únicas preparaciones de los hipo-  
fósitos reconocidos y recomendados por  
el doctor CHURCHILL, autor del des-  
cubrimiento de las propiedades curati-  
vas de los hipo-fósitos para la curación  
de las enfermedades del pecho, de la  
tuberculosis, etc., son los jarabes de hipo-  
fósitos de sosa, de cal y de hierro, y  
las pildoras de quinina y de manganeso,  
preparadas por Mr. RSWANN, far-  
macéutico-químico de la familia Real  
de España, 12, rue Castiglione, París.  
Se debe rehusar como no siendo hipo-  
fósito del doctor Churchill, todo frasco  
que no venga de la botica de monsieur  
SWANN.  
Precio del frasco en París: 4 francos.  
La Agencia franco-española, en Ma-  
drid, 31, calle del Sordo, sirve los pe-  
didos.—Por menor, laboratorio de los  
Sres. Borrell, hermanos, Escolar, More-  
no Miquel y Sanchez Ocaña. Precio, 22  
reales. (A. 2.525.)

## LEYENDAS HISTORICAS Y MORALES,

obra original de D. José María Leon y Do-  
minguez, Presbítero, y precedida de un  
prólogo critico del Sr. D. Sebastian Her-  
rero, ex-rector del Seminario de Cádiz.  
Primeros suscritores, SS. AA. RR. los Se-  
ñores señores Infantes de España,  
duques de Montpensier.  
Esta obra, calificada por el popular es-  
critor Fernán Caballero, de genuinamente

española y católica, es una colección de  
novelas agradables é instructivas, basadas  
en su mayor parte en los hechos más glo-  
riosos de la historia de nuestra España, y  
en las más hermosas tradiciones popula-  
res. La moralidad, instrucción y recreo  
que en ellas brilla, les han hecho alcanzar  
una gran aceptación en Cádiz, donde acaban  
de publicarse.  
Consta de dos tomos en 4.º mayor pro-  
longado, y está de venta en Madrid, en casa  
de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, nú-  
mero 6, al precio de 52 rs.  
Siguen tambien de venta en la misma li-  
brería:  
Las Páginas del Hogar, colección  
de cuentos, poesías, fábulas, tra-  
diciones y artículos, ilustrada con  
grabados, al precio de..... 8 rs.  
Los Martires de Cádiz..... 8 rs.  
El ángel de Puigcerdá..... 7 rs.  
Dinas..... 6 rs.  
Dirigido por el autor, Cádiz, calle de la  
Compañía, núm. 8, acompañando su im-  
porte en libranzas ó sellos, se remiten es-  
tas obras por el mismo precio, francas de  
porte y certificadas á vuelta de correo.  
Si se tomasen todas, las recibirán por 70  
reales.

MADRID: 1867.

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL  
Calle de Pelayo 34, á cargo de R. Labajos  
Arenas.